

El puente que hace falta

Rolando Araya Monge

Recuperar la confianza de los ciudadanos en sus representantes políticos, es indispensable para que el país emprenda un conjunto de acciones necesarias para vencer los problemas económicos del momento. Me alegra que en ese sentido coincida el editorial de La Nación del 17 de julio.

Superar el déficit de confianza es el principal requisito para formular y aplicar cualquier política. Es, posiblemente, el objetivo macroeconómico más importante. Vale la pena preguntarse entonces cuál es el origen de ese déficit; cuál es, como diría un economista, su causa estructural. ¿Es la corrupción? Sin duda los escándalos de los últimos años han desgastado la imagen de la clase política. La lucha sistemática contra la corrupción, y la sanción ejemplar a los corruptos, son imperativos de la gobernabilidad y el desarrollo.

Sin embargo, no basta con erradicar la corrupción para recuperar la confianza del pueblo. Al menos dos lacras más, estrechamente ligadas entre sí, minan la fe de los costarricenses en sus dirigentes: el crimen y la pobreza. Ambas tienen que ver con un dato fundamental, que no es posible seguir ignorando: la ominosa concentración del ingreso que se ha dado en Costa Rica en las últimas décadas. Los beneficios del crecimiento económico que, aunque en forma vacilante, hemos venido experimentando, se han concentrado en un minoritario sector de la población.

El pueblo no analiza estadísticas, pero no ha visto crecer sus ingresos al mismo ritmo que el número de Mercedes Benz que circulan por las calles. El contraste entre las penurias del ciudadano común y la ostentación de los beneficiarios del ajuste económico de los últimos tiempos es irritante, y fue esa irritación la que se manifestó en el rechazo al proyecto de reformas al ICE.

En ese clima social, hacer propuestas de reforma económica en el aire, como si se tratara sólo de una discusión técnica, logra el efecto contrario al que persigue. Peor aún cuando hay dirigentes -una suerte de conservadores de izquierda- dispuestos a capitalizar la frustración para llevar agua a sus molinos con el "no pasarán" en nombre de la patria.

Por otro lado, la gente desconfía no sólo de los políticos, sino también de muchos economistas y empresarios. A los primeros les señala el habernos metido en un modelo

concentrador y paralizante. A los segundos, una codicia que se desborda a menudo al terreno de lo delictivo, como en el caso de los CATS.

De manera que la rectificación debe producirse en todos los ámbitos y sectores. La responsabilidad de sacar a Costa Rica de la situación actual nos compete a todos. Y hacen bien los costarricenses al exigirle a la clase dirigente que, a cambio siquiera de escuchar propuestas de reforma, genere y proponga un proyecto con más solidaridad social.

Todavía quedan aquí desvelados de la "reaganomics", que creen que la maximización de las ganancias privadas es la clave del desarrollo y que en consecuencia debe reducirse el Estado. Y otros, no menos atrasados, que creen que la única razón que alguien puede tener para invertir en Costa Rica es que no le cobren impuestos. Algunas propuestas económicas de los últimos días, pretenden ocultar que la fama de "paraíso fiscal", ganada por Costa Rica en algunos ámbitos internacionales, se debe a que, en efecto, la política económica de los últimos tiempos ha tenido esos nortes.

No podemos pedirle confianza a un pueblo que ve arruinarse sus escuelas, que espera meses por una cita en un hospital, que recibe servicios sociales cada día más deteriorados, porque resulta que en Costa Rica, según el nuevo cálculo del PIB, tenemos la segunda carga tributaria más baja de Centroamérica. Y lo peor es el absurdo de que quienes más ganan, menos tributan. Arreglar esta situación es el reto más inmediato.

Los temas de la economía son muchos, y muy interesantes. La dolarización es uno de ellos. Yo sí creo que debe discutirse. El fenómeno está ocurriendo de todas maneras, y es mejor pensar cómo manejarlo. Puede ser, además, una buena manera de reducir la inflación y las tasas de interés. Si Alemania, que con el doble del territorio de Nicaragua produce más que toda Latinoamérica junta, apoyó la creación del euro porque necesita una moneda más fuerte que el marco, ¿Qué podemos pensar de nuestro colón, en medio de la vorágine económica internacional?

Pero este, como muchos otros temas, no se puede discutir en una especie de vacío social. Tal vez la urgencia de reformas, y la presión de la deuda interna, nos obliguen a todos los costarricenses a confluir, seriamente, hacia el objetivo común de lograr una sociedad más equitativa y solidaria. Aunque sea por lo que Fernando Savater llama "solidaridad interesada". Ese propósito común es el puente que hace falta para pasar de la desconfianza a las reformas. Sólo cuando haya demostraciones claras de que no vamos a seguir creando un paraíso de oportunistas, sino una sociedad más transparente y más justa, los costarricenses estarán dispuestos a hacer cambios más profundos.

Discutir el futuro del país teniendo como meta el bienestar de la mayoría, devuelve sentido ético a la política y a la economía.